

Camino de Ayrabamba

Walter
Vargas
Cárdenas



*Reproducido por
Ediciones Baobab Rojo
mayo 2000*

CAMINO DE AYRABAMBA

Walter Vargas Cárdenas

Me dejo caer en el viejo sofá de la sala, extenuada como nunca antes, pero, sobre todo, conmocionada por todo lo que he visto hoy. ¿Por qué algunas personas llegan a tales grados de barbarie? En mi retina persiste con obstinación la imagen de una hermosa joven a quien habían vejado sexualmente con horripilante salvajismo y cercenado sus senos estando ella aún viva, como lo evidencia la sangre que había bañado su cuerpo. En torno a la imagen de la joven danzan frenéticamente decenas de cuerpos mutilados, vientres abiertos en el canal, intestinos regados por el suelo, extremidades calcinadas hasta los huesos y cráneos abiertos como pétalos macabros. La conciencia me trastabilla. El olor a sangre calcinada me ha perseguido en todo el trayecto desde el penal y ahora invade toda la casa.

No sé aún si hice bien en traer conmigo este grueso cuaderno que acabo de extraer de mi bolso. Tendrá unas doscientas páginas, la cubierta apenas chamuscada y el borde ondulante, señal de que ha absorbido agua. Al abrirlo veo que todas sus páginas están escritas con envidiable caligrafía. En la tercera página hay un breve párrafo titulado PRESENTACIÓN. (Una explosión distante llega a mis oídos, como un oleaje amortiguado.) Obviaré su lectura porque la ansiedad me incita a pasar a la siguiente página. Entonces leo el primer relato:

Los dos jóvenes se aproximan a pasos resueltos hacia el distrito de Vischongo, en el corazón del departamento de Ayacucho. Marchaban animosos pero inquietos porque desconocían la naturaleza y la envergadura de la acción militar en que participarían en las próximas horas. Grisáceas nubes encapotaban gran parte del cielo de diciembre, pero, inusualmente, por uno de los escasos claros asomaba fresco y risueño el sol de mediodía. Más tarde, pasando el distrito de Vilcashuamán, llegarían al punto de seguridad, una rústica vivienda al borde del camino. Allí les precisarían finalmente el lugar exacto donde se concentrarían con el resto del contingente.

El joven que caminaba delante era natural de la zona, un campesino de rostro cobrizo, facciones angulosas y nariz afilada. El que iba detrás era costeño, venido de Lima a inicios de año para impulsar el trabajo partidario. Pasamos de efectivos de paz a efectivos de guerra, pensaba éste, estamos aprendiendo a combatir combatiendo.

Dos noches atrás, con el apoyo de campesinos del lugar, ambos jóvenes habían bloqueado la carretera que une Pampa Cangallo y Cangallo, produciendo para este fin la explosión de un promontorio, cuyo derrumbe había cubierto un tramo considerable de la carretera. De esta manera quedaba imposibilitado el tránsito hacia Huancapi, Cayara y la Cooperativa Chincheros. La noche anterior habían cortado la vía que una Pampa Cangallo y Vilcashuamán, estropeando para ello un puente de madera; asimismo habían cortado el hilo telegráfico en varios puntos. Todos estos hechos constituían los preparativos de la acción que ejecutarían en las próximas horas.

Habían salido a las diez de la mañana desde las alturas de Putica, y seguían la misma ruta que recorriera Bolívar en la última campaña emancipadora. Habían ascendido a ritmo acelerado el zigzagueante camino orillado por tupidos ayrampos y ahora atravesaban la gran pampa cubierta de dorados ichus y erizada de

formidables titankas. La ligera brisa les despejaba la mente y les templaba los nervios. Los sentimientos y las ideas del joven costeño adquirirían mayor orden y claridad. Cuántos cambios han ocurrido en tan pocos meses, pensaba, los tiempos de guerra dan una tónica más intensa a la vida.

Ahora descendían hacia el poblado de Vischongo. Conforme avanzaban, las matas de ichu raleaban y en reemplazo de ellas aparecían eucaliptos cada vez más altos, siempre al canto de las pequeñas parcelas de cebada, haba y maíz. A poco de llegar al poblado, la carretera presentaba un reciente derrumbe que imposibilitaba el paso de vehículos. Esto no es casual, se alegró el joven ciudadano, y apuró los pasos. Unos cincuenta metros abajo discurre el río que guiaba el trazo de la carretera.

Al atravesar la calle principal del poblado sólo encontraron dos niños que jugaban machacando corontas de maíz y unos perros que deambulaban sin rumbo. Ya en las afueras se dirigieron hacia una pequeña casa de paredes de adobe sin revocar y se detuvieron delante de una desvencijada puerta de madera. Se puede, llamó el campesino, apoyándose en la puerta entreabierta. Momentos después apareció una campesina de polleras remendadas y, emocionada de reconocer a los visitantes, les invitó a pasar, Entren, compañeros; rápido han llegado, como viento habrán caminado; en pellejito siéntense mientras caliente la sopita. Dos niños asomaron con curiosidad y saludaron encogiendo sus cuecillos. Los jóvenes habían descargado sus mantas y sentados en los poyos observaban a la madre que, disculpándose por no haberles esperado con la comida caliente, atizaba el fogón y colocaba a calentar la olla de barro. No te preocupes, compañera, la tranquilizó el campesino, así tendremos un tiempito para darnos una conversadita. Y tu esposo, preguntó cambiando el tema, En la chacrita, compañeros, con su hermano, a aporcar han ido temprano, Y las reuniones, cómo van, intervino el ciudadano con curiosidad, Bien, compañeros, avanzando más que sea un poquito, Muy bien, muy bien, y qué has aprendido ahora último, Más que

todo de lucha armada hablamos, Te habrán dejado tarea, Sí, compañeros, me han dicho para juntar cochinilla, para teñir costalillos, para banderas, Has cumplido ya, No todavía, compañeros, recién mañana voy a bajar a la quebrada, Tienes chacras allá, intervino el campesino, Mis mayores sí tenían, compañeros, pero los gamuchos se lo han agarrado toditito, respondió la campesina, sirviéndoles un tazón de mote. Con motecito avancen, agregó, nomás discúlpenme que maíz grande no hay acá, No te preocupes, compañera, intervino el joven ciudadano, y preguntó si en el lugar no habían promovido la invasión de tierras. Sí, compañeros, cómo no, yo misma vi, chiquilla todavía, esa vez que también estuvo el Belaúnde. Los mayores entraron en Pomacocha, en la hacienda, acá abajo nomás, con hondas y piedras, pero los guardias los botaron, con balas, como animales los han perseguido, feo ha sido, yo me acuerdo clarito, Sí, compañera, acotó el campesino, dicen que igual ha sido en Ccaccamarca y otras haciendas, nuestros hermanos campesinos habían entrado por la tierra, pero los gamonales habían soltado a sus policías. Pero ahora es muy diferente, compañera, con Partido todo es diferente, Así también digo, compañeros, repuso la madre con viva emoción, con nuestro camarada Álvaro, con él los gamuchos van a llorar, Lo conoce al camarada Álvaro, preguntó sorprendido el ciudadano, al escuchar el anterior seudónimo de su jefe, Cara a cara no, pero varios si lo conocen por estas zonas, los mayores más que todo, los que han ido a no sé qué pueblos a hacer reunión con él, ellos nos han contado que camarada Álvaro quiere un nuevo mundo para nosotros, para los que no tenemos nada.

La madre sirvió dos mates de humeante sopa de morón y alcanzó a los visitantes. Sopita sírvanse, compañeros, disculpen nomás la cuchara de madera. Un agradable olor a cebada molida y a yuyo verde invadió el ambiente de la pequeña habitación. En ésta, piedras y adobes habían sido irregularmente distribuidos para servir de asiento a los hombres y de refugio a los cuyes; la pared que daba al frente de la casa y la que daba hacia la parte de atrás estaban unidas, a media altura, por vigas de eucalipto, a lo

largo de una de éstas colgaban raídas ropas, pellejos de oveja y rústicas frazadas; el resto de pértigas servía de soporte a una parrilla de carrizo a modo de troje, ocupada por algunas mazorcas de maíz y un pequeño costalillo de cebada adquirida en las zonas altas mediante trueque con las primeras tunas de la quebrada.

El Joven ciudadano se encontraba gratamente sorprendido por las últimas palabras de la madre. Los campesinos pobres presienten la trascendencia de la lucha armada, pensaba con profunda satisfacción. En secuencias aceleradas pasaron por su mente los titánicos esfuerzos desplegados durante los últimos años, especialmente los tres últimos, que habían culminado con el Partido en condiciones óptimas de dirigir la guerra popular. Durante ese período, los militantes, y él mismo lo era, habían sido desplazados al campo, a vivir, trabajar y luchar con el campesinado pobre, según directiva de su organización. El joven meditaba en la penetrante visión del Partido de haber iniciado la lucha armada en momentos en que la creciente protesta popular de los últimos años se orientaba al desborde. Como era de esperarse, el gobierno militar había desplegado enormes esfuerzos para impedir el desarrollo de la protesta y había desatado una amplia represión policial y movilizó a todo el aparato burocrático estatal. Precisamente, en mayo último, en Chuschi, cuando la quema de ánforas electorales, los guerrilleros habían encontrado en la municipalidad un comunicado del subprefecto de Cangallo, en el que registraba las crecientes manifestaciones contra el gobierno y las elecciones, y clamaba por mayor dotación de fuerzas policiales para impedir el avance del trabajo político del Partido Comunista. Mas, como decían los hechos, la acción armada se había iniciado beligerante y ahora se desarrollaba pujante.

Mientras el joven meditaba ensimismado, el campesino, la madre y los niños, se habían adentrado en una amena conversación en quechua. El campesino resumía las últimas acciones en que había participado, pero cuidando de no hacerlo en primera persona, sino como hechos ejecutados por terceros. Hace dos no-

ches nomás, contaba lleno de entusiasmo, en eso que cenábamos, escuchábamos, braaamm, un bombazo será, dijimos, asustados, y casi nos hemos tumbado en el suelo, y recién yendo a ver de día encontramos la carretera tapada con tamaño derrumbe del cerro. Uno de los niños interrumpió la conversación, Así igualito hemos oído ayer noche, dijo, casi gritando de emoción, también los tíos habrán hecho igual. La atiplada voz del niño sacó de sus pensamientos al joven ciudadano e hizo que todos los presentes cruzaran miradas interrogativas. Sí, compañeros, acotó la madre, hasta la casa ha temblado, fuerte ha sido, Sí, compañera, viniendo para acá hemos visto el derrumbe, agregó el campesino, los policías diablos no van a poder llegar rápido, como culebras se van a arrastrar por las falderas, Es cierto, compañera, añadió el joven ciudadano, el enemigo no va a poder con nosotros, pero no debemos descuidarnos, de todos modos los miserables vendrán a combatirnos a sangre y fuego, para defender a su viejo Estado, Cierto, agregó el campesino, yo mismo lo he visto el año pasado a fines, esa vez que nos juntamos colegiantes, maestros y toda la gente en la plaza pública de Cangallo, para hacer un mitin. Nos habíamos juntado para reclamar que la escuela sea gratis y que el gobierno solucione los pliegos de reclamos del SUTEP. En eso que los compañeros hablaban y la gente escuchaba calladita, la policía cómo se habrá acercado que recién nos dimos cuenta cuando nos tiraron sus lacrimógenas. Pero, aunque sea llorando sin querer, hemos respondido con piedras, y sus mismas bombas les hemos devuelto, a ver si a ti te gusta llorar, así diciendo. Y cuál será el odio que nos tienen esos maldecidos que harta bala nos han soltado, sin consideración a los niñitos ni a nadie, sucios perversos, y así han matado a dos muchachos y no se a cuantos han herido. Al final, el joven ciudadano comentó que de esa manera la policía había vuelto a mancharse las manos con la sangre popular; aunque lo principal era que los nacientes destacamentos revolucionarios, sin armas aún, habían hecho sus primeros tanteos en la conducción de muchedumbres, así como en el enfrentamiento con la policía. Mas ahora, con las primeras acciones, ese contin-

gente iba transformándose en destacamentos y pelotones armados.

La conversación se había tornado más familiar y animosa, y los jóvenes expresaban sus pensamientos con mayor fluidez. Del corazón de la lucha armada nacerá un nuevo Estado, avizoraba el joven ciudadano, y, a modo de poner al tanto a la campesina, hacía un breve recuento de las acciones desenvueltas desde el inicio de la guerra popular. Las acciones se habían desenvuelto en diversas partes del país, principalmente en el campo, destacando el boicot a las elecciones en Chuschi, el 17 de mayo, que marcó el inicio de la lucha armada, y el asalto y levantamiento de cosecha en la hacienda Ayrabamba, y complementariamente las acciones en la ciudad, como el incendio en el Municipio de San Martín de Porres, en Lima. La campesina escuchaba muy sorprendida, pues, según ella misma aclaró, había pensado que las acciones se habían ejecutado sólo en el ámbito de la zona y no en todo el país. El joven ciudadano explicaba ahora la importancia estratégica de la primera acción guerrillera, la de Ayrabamba, que había abierto el camino de cercar las ciudades desde el campo y señalaba el rumbo hacia la guerra de guerrillas. Hemos ganado iniciativa, decía, con voz pausada y serena, y avanzaremos mucho más con la dirección de nuestro Partido, con la dirección de nuestro jefe el camarada Gonzalo. Yo, compañeros, poco nomás sé de nuestro Partido, intervino la madre, pero sé que para vivir mejor nosotros es, para que conozcamos justicia los pobres. Por eso estamos con los compañeros, para apoyar, luchar también, morir si hace falta...

Los jóvenes habían terminado de servirse los alimentos, y debían continuar la marcha. Así se lo hicieron saber a la campesina, y enseguida se dispusieron a despedirse. Muchas gracias por todo, compañera dijo el joven ciudadano, fundiéndose en un breve abrazo con la madre, tenemos que llegar a nuestro destino, En cualquier momento estamos de vuelta, terció el campesino, o de repente otros compañeros se aparecen por acá, Sí compañeros, conforme nomás vayan, aquí vamos a estar siempre, para atender-

los con algo más que sea. Los jóvenes avanzaron con renovado ímpetu y, a la vista de la campesina y sus hijos, sus figuras fueron empujándose hasta perderse en la hondonada.

Alrededor de las nueve de la noche llegaron los últimos combatientes al local de la concentración, una pequeña vivienda de paredes de quincha y techo de paja, ubicada a un centenar de metros del camino hacia la hacienda San Agustín de Ayzarca, en la bajada al valle del Pampas. Eran treinta y cinco combatientes, casi todos jóvenes, sentados estrechamente a lo largo del perímetro interior de la vivienda. No más de cinco ellos conversaban reunidos en torno a una pequeña mesa iluminada por un mechero de kerosene. La gran mayoría eran campesinos de la zona, varios de ellos pobladores de caseríos vecinos e incluso parientes entre sí, aunque, a propósito, aparentaban desconocerse, y permanecían serios y reflexivos, intercambiando frases en voz baja. De todos ellos destacaban tres campesinas jóvenes, de polleras y ojotas, y un campesino entrado en años acompañado de su hijo, un imberbe risueño que se había empeñado en participar en la acción, a pesar de que sus padres habían intentado disuadirle de múltiples formas. El número de obreros no superaba los dedos de una mano, y entre ellos destacaba un metalúrgico bajo y macizo; también se encontraban tres estudiantes universitarios e igual número de profesionales jóvenes, entre ellos un destacado médico san-marquino. Los obreros, estudiantes y profesionales conformaban el contingente de desplazados por el Partido desde la ciudad de Lima para combatir en el teatro principal de la guerra: el campo.

La noche avanzaba silenciosa y se veía aún el resplandor de una luna en creciente. Al reflejo de ella y el mechero humeante, habían quedado sólo dos hombres sentados a la mesa: los mandos. Ambos habían participado en la Primera Escuela Militar, evento donde el Partido Comunista declaró la guerra al orden establecido. Luego de arreglar algunos papeles que tenían al fren-

te el mando militar se dirigió a los combatientes. Guarden silencio, compañeros, dijo con voz grave, vamos a iniciar la reunión dispuesta por el Partido. Después de saludar de acuerdo a la impronta partidaria, cedió la palabra al mando político. Éste, un joven de unos veintiocho años y formación universitaria, se quitó el sombrero y empezó a hablar un castellano intercalado con algunos dejos serranos, Nos encontramos aquí todos nosotros, compañeras y compañeros, porque el Partido nos ha llamado para que cumplamos una acción muy importante, dijo el joven, y a continuación explicó que tal acción era parte del remate del Plan de Inicio de la Lucha Armada y dentro de la orientación partidaria de marchar hacia la guerra de guerrillas, remeciendo el campo con acciones, principalmente guerrilleras, para generar un ejército guerrillero y concretar el nuevo Poder. Así es, compañeras y compañeros, agregó el joven, por eso yo asumo con mi vida la acción que el Partido nos ha encomendado, siguiendo el luminoso ejemplo de la acción guerrillera de Ayrabamba, y así también llamo a que todos lo asumamos como un solo hombre para darle otro triunfo a nuestro pueblo y a nuestra revolución.

Indistintamente, uno tras otro, los combatientes tomaron la palabra y se comprometieron a cumplir la tarea. Quien no teme morir cortado en mil pedazos se atreve a desmontar al emperador, dijo uno de los universitarios, Estoy muy llano a dar la vida si es preciso con tal de cumplir la acción, manifestó otro, Así como dice nuestro Partido, para quienes labramos son las tierras, compañeros, así que yo he venido decidido a pelear, y decidido también voy a ir hasta las últimas consecuencias, argumentó un campesino en quechua, Sí, compañeros, los hacendados, esos no tienen alma, o tal vez sí tienen, pero negra como la noche, entonces para que seamos libres tenemos que tumbarlos, eso para mí ya está claro, y por eso he venido... Un conjunto de sentimientos se sucedían en el alma de cada combatiente; desde la inquietud hasta la emoción, la alegría y el convencimiento, la decisión y el optimismo. El valor predominaba frente a los atisbos de temor de algunos.

Después de la palabra del último hombre, el mando militar expuso el plan para la ejecución de la acción militar. Este mando era un campesino de dieciocho años, de ojos inquietos y nariz respingada; sus cabellos castaños sobresalían debajo del sombrero desteñido. Unos meses antes, él y otro combatiente habían sido capturados por la policía, y cuando eran conducidos hacia el puesto policial aprovecharon el descuido de sus custodios y fugaron cerca del puente de Cangallo, en la salida a Huancapi, hecho que seguía comentándose como ejemplo de audacia. El plan táctico operativo especificaba: la acción a ejecutar, asalto a la hacienda San Agustín de Ayzarca e invasión de tierras; los hombres y medios militares, que ya estaban concentrados y dispuestos; la planificación que precisaba la distribución del contingente en grupos de ataque, de contención y de apoyo, y las tareas específicas que debían cumplir cada uno. Después de la ejecución del plan vendría el balance, donde se analizarían los logros y las lecciones adquiridas.

Las semejanzas de esta acción con la concretada meses antes en Ayrabamba se evidenciaban en varios aspectos. Por ejemplo, el reconocimiento del objetivo se había hecho utilizando el mismo ardid. Habían enviado a un joven campesino, un blanquiñoso de sonrisa fácil, quien había entrado en la hacienda haciéndose pasar como hijo de un comprador de aguardiente. El mismo gamonal me ayudó bastante a cumplir mi tarea, compañeros, comentaba después, riéndose, porque el diablo nos hizo demorar dos días haciéndonos trabajar de balde para recién vendernos el cañazo. Qué íbamos a hacer, con el compañero que pasó como mi padre tuvimos que sudar nomás, cosechando caña y dando vueltas en el trapiche, Sí, compañeros, estos terratenientes parecen toditos hijos del mismo padre, añadía uno de los oyentes, Parodi, el dueño de Ayrabamba, hacía lo mismo, y lo más repudiable es que retenía en especial a las compradoras muchachas, a quienes por la noche las abusaba; y dicen que la última perjudicada fue la mocita Epifanía, la hija de Jacinta Alhuay, del caserío que está cerquita a la hacienda, Así igualito hace el Medina de Ayzarca, compa-

ñeros, ni más ni menos, como si fuera un hechor... Que cómo es la fachada del Medina éste..., bueno, nada del otro mundo, medio trejo nomás es, tirando para panzón. Su hacienda y todo lo que hay adentro lo he dibujado acá en este papelito, las casas que hay, los caminos, hasta a sus guardianes he contado. De éstos hay que tener cuidado, compañeros, porque son como diez, recién contratados son, después del golpe de Ayrabamba. Y vieran ustedes, compañeros, cómo será que estamos dándole a la caña y, tra-tra-tra, comienza un ruido como tos de condenado, hasta el cogollo del pelo me he asustado, y recién volteando veo como casa de fierro que viene, para no creer, compañeros, porque nunca en mi vida había visto algo como eso, y recién preguntando me dicen que se llama tractor. Por dónde había llegado esa máquina si no hay carretera, volando acaso, no me explicaba, hasta que los peones me han contado que el hacendado ha hecho cargar por pedazos con los campesinos, pobre gente cómo habrá sufrido en el camino, y una vez en la hacienda lo ha hecho armar de nuevo. Igual había hecho con la camioneta, compañeros, porque también tiene, y dicen que allí se sube y da sus paseadas por toda la hacienda, controlando el trabajo de los peones. Así, compañeros, pero lo que más cólera me dado es que a su perro que tiene, uno plomizo, grande como puma, le ha puesto el nombre de nuestro compañero mando. Eso me ha dado cólera mayor, compañeros, y, digo, cuando vayamos a cobrarle las cuentas a ese panzón vamos a ver quién trata como perro a quién.

Especificadas las tareas de cada combatiente, todos pasaron a culminar la preparación de los petardos de dinamita y bombas Molotov. El ambiente era de euforia y de animada conversación, en la que destacaban los comentarios acerca de la larga caminata que había tenido que hacer el obrero metalúrgico, hasta el grifo de Tocctocasa, en las alturas de Cangallo, para comprar la gasolina necesaria. Culminada la preparación el mando militar distribuyó los medios militares y las escasas armas de fuego, las mismas que se habían usado en Ayrabamba: dos escopetas calibre 16 con siete cartuchos, un revólver y una pistola 32, con tres y cinco

balas, respectivamente, a las que se sumaba un arma parecida a un arcabuz de esos traídos por los conquistadores españoles, y que en este caso sólo podía servir como arma contundente. Cada hombre contaba con un petardo y una bomba Molotov. Algunos portaban granadas hechas de dinamita mezclada con trozos de alambre como esquirlas, mientras que otros portaban lanzas.

Culminada la distribución, el mando militar dispuso el descanso y la vigilancia. Algunos no pudieron conciliar el sueño y se quedaron meditando en los últimos meses intensamente vividos y en los trascendentales cambios que sucedían en toda la zona; en cambio a otros la impaciencia sólo les permitía dormir a intervalos; sólo unos pocos quedaron profundamente dormidos.

La sangre mana tibia desde sus cabezas, cubriendo de rojo brillante sus cuerpos desnudos y las lampas cabezonas con que aporcan los innumerables surcos de maíz. La sangre baja hasta aglutinarse con la masa roja que se arrastra por los surcos. Son como cien personas a quienes el sol calcina como si de allá lloviera plomo derretido. El que va delante del grupo no reconoce el lugar, pero está seguro de que la tierra no es de su propiedad ni de ninguno de los que trabajan con él. Sangre y sufrimiento para cultivar una tierra que no nos pertenece, dice el hombre, para madurar frutos que no nos alimentarán. Todos pierden sangre copiosamente aunque sus fuerzas no disminuyen nunca. El hombre que va delante levanta la cabeza, despacio, cortando con su nariz afilada el aire denso. La cabeza le pesa una inmensidad, pero su pensamiento discurre con fluidez. Levanta el rostro crispado y sus ojos se encuentran con unas botas de reluciente cuero, tan relucientes como sus espuelas de plata. Al costado, casi en contacto con las botas, yace un cuerpo cubierto de sangre, una masa inerte. El hombre siente un vuelco en el corazón y se le acelera el pulso. Al recorrer con la mirada la zona adyacente descubre más cuerpos tendidos; algunos tienen los miembros desgarrados, otros

muestran oscuros cuencos en lugar de ojos, y no faltan los cuerpos cuya cabeza ha sido arrancada. Sin embargo, todos siguen aferrados a sus lampas. El hombre vuelve los ojos hacia las botas y levanta de nuevo la cabeza hasta que se encuentra con un par de manos cubiertas de sangre, una de las cuales empuña un fuste. Crispa los puños y se yergue, constata que todos los campesinos adoptan la misma disposición y avanzan con los puños amenazantes en dirección al patrón. Avanzan y avanzan, hasta casi rozarlo, cuando de pronto llega un rumbos creciente... persiste y se hace voz, Compañeros, compañeros, ya es hora de levantarse. El campesino de facciones angulosas y nariz afilada, sobresaltado y deshaciéndose de los últimos vestigios de sueño, se dio cuenta de que era el mando militar, quien, acompañado del vigilante de turno, despertaba a todos. Después, ya puestos de pie, comprobaron que era las tres y media de la mañana. Faltaban escasos treinta minutos para salir hacia el objetivo.

El amanecer del 24 de diciembre de 1980 presentaba a esa hora un cielo estrellado con aislados cúmulos de nubes. La luna se había ocultado. La brisa fría recorría la falda del cerro y arrastraba el leve rumor del río Pampas. Al otro lado de la quebrada sólo se distinguía el perfil de los cerros que recortaba el firmamento.

Concluido el arreglo de los equipajes, el mando militar dispuso que los combatientes carguen sus mantas y formen en columna, tras lo cual empezaron a descender rumbo a la quebrada. El rumor del agua se acrecentaba a medida que avanzaban, como si la columna, a modo de un afluyente más, incrementaba el caudal del pampas. Se había iniciado la acción.

El mando político caminaba liviano como si no llevara equipaje; ni las piedras con que tropezaba le hacían perder la uniformidad de sus pasos. Sus pensamientos se sucedían con la misma rapidez de sus pasos. Sí, estoy seguro de que vamos a pelear igual que en Ayrabamba. Las compañeras y los compañeros estamos decididos como esa vez estuvimos también. Además, ahora tene-

mos las lecciones que la misma camarada nos hizo conocer. En vividas imágenes pasaron por su mente aquellas escenas en que había participado personalmente. Después de capturar al capataz y a su mujer, los combatientes habían subido al segundo piso de la casa-hacienda y forcejeado la puerta de la habitación del terrateniente, con el inesperado resultado de que éste acababa de fugar por la ventana. Maldición, gritó el mando militar, cómo no informó de esta ventana el compañero que hizo el reconocimiento. Vayan a buscar por los alrededores al gamonal, ordenó con bronca voz. Tal vez ande cerca aún. Pero no había nada más que hacer, el terrateniente había fugado. Después de consolidar la acción se convocó a la población a participar activamente en la asamblea popular. Y de ésta recordaba con especial reconocimiento la figura de la camarada que había dirigido la acción. Ella era una mujer muy hermosa, bastante joven aún, imponente en todo sentido, en la firmeza de sus palabras como en el despliegue ilimitado de audacia y la contagiante energía con que llamaba al campesinado a ejercer su supremo derecho a revelarse. Después de la intervención de la dirigente, hicieron expresión de agravios los campesinos, denunciando sus sufrimientos a manos del terrateniente, de las autoridades del Estado, de la Policía y de todo aquel que los había sojuzgado por siglos. Para sorpresa general, resultó que el capataz era hijo del patrón en una campesina; los testimonios confirmaron que, pese a su función, el capataz participaba en la producción junto con los campesinos, y tomaba trago y chacchaba coca igual que ellos; a diferencia del terrateniente no era odiado, por lo que fue perdonado su vida y la de su mujer. Todos esos sucesos pasaban por la mente del mando político, cuando oyó que el mando militar ordenaba acelerar el paso, pues el tiempo apremiaba.

Los minutos discurrían casi a zancadas y la marcha se aceleraba a través de los extensos pliegues irregulares de los cerros. Algunas nubes permanecían inmóviles en los confines del horizonte, pero la luz de las estrellas era suficiente para percibir, al borde del cambio, pequeños arbustos que daban paso ya a la retama, ya

al molle, a la chilca, al huarango, y más abajo, a las cabuyas y tunales. A cada paso se incrementaba el número de los cactus y magueyes, erectos como lanzas. Los hombres apuraban la marcha para ajustarse a la hora definida para el inicio del asalto. El descenso llegaba a su fin. Ya se divisaba la parte del valle donde se extendía la casa-hacienda. Al llegar a una explanada, el mando militar detuvo la columna y la dividió en dos grupos; el primero, en el que iría el mando político, debía rodear el huerto de naranjos y tomar la puerta posterior y, el segundo, que iría bajo la responsabilidad del mando militar, debía irrumpir por la puerta principal.

Una tensa calma se apodera del ambiente. Una viva inquietud embargaba a una parte de los guerrilleros, en tanto que en otros predominaba la calma, aquella que suele presagiar la tempestad.

El ataque simultáneo por los dos puntos se inicia a las cinco de la mañana. El contingente de irrupción fuerza la puerta principal y corre hasta la escalera que conduce al segundo piso. Los perros acosan con furia y con ladridos ensordecedores. Los hombres suben a la carrera las gradas de madera que desde el patio ascienden hacia la segunda planta. Ya allí, algunos tratan de abrir la primera puerta embistiéndola con sus cuerpos, mientras otros la golpean a patadas, aunque no pueden vencer la resistencia que oponen desde el interior. Golpeemos todos a la vez, compañeros, ordena el mando militar. Otra vez, más fuerte, insiste ansioso. Del interior, una voz prepotente ordena, No los dejen entrar, carajo. Resistan. Resistan, maqtas, esos que vienen son puro badulaques nomás. Pero la resistencia pierde vigor a la vez que la embestida de los guerrilleros cobra mayor ímpetu. Nueva embestida y se entreabre la puerta, aunque los de adentro consiguen cerrarla. Los guerrilleros embisten de nuevo; cede la puerta, el pie de uno de los atacantes asegura el resquicio ganado, los demás empujan al mismo tiempo. Niñuchas, en nombre del altísimo, no permitan que entren, clama ahora el terrateniente, Papacitos, resistan, ruega con voz temblorosa, pero al ver el peligro que se aproxima corre

se encierra en el cuarto contiguo. Desde el patio llega el resplandor de las bombas molotov y el estruendo intermitente de las explosiones de dinamita, que arrancan los terrones del techo y de las paredes de la casa-hacienda. La puerta sigue cediendo hasta que la resistencia de los defensores se rinde. Entonces, los atacantes irrumpen en el cuarto. Pero el primer guerrillero es frenado por el capataz, quien le asesta un lanzazo debajo de la clavícula izquierda. El guerrillero trastabilla, da un paso atrás, repele otra embestida y sigue combatiendo. Varios guerrilleros se abalanzan sobre el capataz y logran quitarle la lanza. Simultáneamente otros combatientes reducen y desarman a los demás lacayos. Controlado el primer cuarto, los de irrupción fuerzan la puerta interior. La resistencia cede fácilmente. El haz de luz de una linterna enfoca en el rostro del hacendado, quien con mano temblorosa sostiene una carabina, cuyas balas se le escurren al piso. El tipo trata de apuntar instintivamente, pero le impide la rápida reacción del mando militar. El gamonal se aferra al arma, produciéndose un breve forcejeo que termina con la rotura de cabeza del terrateniente. Al final le reducen entre varios y le atan las manos con su propia chalina. La carabina es confiscada. Luego ingresan al cuarto próximo sin encontrar resistencia alguna. Al fondo, al costado de una cama revuelta, una mujer joven, encogida y pálida como el maguey, observa aterrada a los guerrilleros. Entre lágrimas suplica que no le hagan daño a su padre. Los guerrilleros no le dirigen la palabra, la dejan en el lugar, cierran la puerta y conducen al hacendado hacia el patio.

Simultáneamente, el otro grupo había entrado en acción. Los de contención controlan ahora el camino que desemboca a la puerta posterior. Los demás fuerzan con facilidad la puerta, y pegados a la pared ingresan en columna veloz. Un grupo de lacayos intenta defenderlos, pero los guerrilleros responden con un petardo de dinamita. La explosión desprende terrones de la pared donde se protegen los lacayos. Prosiguen nuevas explosiones acompañadas de llamaradas de bombas Molotov que aclaran aún más al amanecer. De súbito aparece un hombre y dispara contra

el grupo de combatientes que avanzan pegados a la pared. Dos, tres, caen sobre el atacante. Ruedan por el suelo impidiendo otro disparo, mientras el mando político se coge el muslo izquierdo al sentir un hincón caliente. Rengueando se une éste a los combatientes que en ese momento desarman al lacayo. Al ver que éste ha sido reducido, el mando ordena que cesen los golpes. Se oye el estruendo de un arma. El penetrante olor de pólvora domina el ambiente. Los de contención informan que han disparado a un hombre que acaba de escapar hacia los arbustos. Le disparan de nuevo pero no logran acertar. Los guerrilleros vuelven a la carga contra los lacayos, se suceden las últimas explosiones, hasta que la resistencia se rinde por completo. Son aprehendidos cinco. Después que cesan las hostilidades, ambos grupos de guerrilleros convergen en el centro del patio, como había sido acordado de antemano.

Frente a la casa-hacienda se levantaba una capilla y un conjunto de galpones que bordeaban parte del patio circular. Del galpón más grande emanaba un fuerte olor de boñiga fresca; en tanto que de uno de los pequeños, el olor dulzón del guarapo de caña de azúcar. Al costado del portón principal se hallaba la cocina, y a unos metros detrás se encontraba el tractor, y cerca de éste la camioneta cargada parcialmente de caña de azúcar. Un grupo de guerrilleros controlaba el patio, otro, vigilaba a los prisioneros y uno tercero curaba a los heridos; el resto de combatientes se había desplegado en grupos de tres e ingresado en los galpones en los que vivían los campesinos que servían en la hacienda y en los que hospedaban a los compradores de aguardiente. Los guerrilleros saludaban con respeto a los sorprendidos campesinos y explicaban, Somos compañeros, Somos guerrilleros, Somos gente como ustedes, el problema es con el gamonal, no con ustedes. Otros, se apresuraban a explicar las razones de su presencia, Nos hemos levantado en armas, compañeros, para ya no seguir con la pobreza y con la muerte, Hemos llegado para invadir la tierra del Me-

dina, agregaban otros, porque esta tierra antes era de nuestros padres, ahora va a ser de nuevo para nosotros. Algunos campesinos permanecían callados, como si aún no se explicaban por completo lo que ocurría en su delante, otros asentían con una alegría insipiente. Ajá, así es, verdad es, hasta cuando íbamos a vivir para servir a otros, así yo pensaba, añadió un campesino cubierto de harapos, los patrones nunca trabajan, para gritonear nomás sirven, y para golpear con leña, pero cada semana más gordos andan, como para reventar, con nuestra sangre, por eso digo está bien que los compañeros hayan corrido a los dueños de Ayra-bamba y repartido todita la cosecha, Bien hecho, carajos, sentenció otro moviendo la cabeza.

Un grupo de campesinas entraban y salían de un pequeño galpón, nerviosas y preocupadas. Al percatarse de ello, algunos guerrilleros ingresaron y hallaron allí a una joven en plenos dolores de parto. Uno de ellos fue a informar al mando militar y al guerrillero médico. Éste, que acababa de limpiar la herida del mando político y de suturar la herida de pecho ocasionada por el capataz, se trasladó de inmediato hacia el galpón.

Compañera, soy médico y puedo atenderla, se presenta el médico a la parturienta y a sus familiares. Gracias, compañeros, dios se los pague, responden las mujeres. El médico se lava las manos al tiempo que pregunta, Desde que hora está con dolores, compañera, Desde noche todavía, Hace cuánto tiempo fueron los últimos, Hace un ratito nomás. El médico mide la dilatación y comprueba que falta poco para que llegue a la máxima abertura. Es su primer parto, pregunta a la joven, Sí, doctorcito, mi primero es. Vuelven las contracciones y el dolor es tan fuerte que el rostro de la mujer se cubre de copioso sudor. El médico controla la frecuencia de las contracciones. Éstas vuelven a los diez minutos y duran cincuenta segundos. Al comprobar que la dilatación ha llegado al máximo, rompe la placenta, y el líquido amniótico fluye emanando su olor característico. Vuelven las contracciones, Puja, puja, ordena el médico. La joven puja todo lo que le permi-

ten sus fuerzas, en medio de quejidos ahogados, hasta que por fin la cabecita reluciente de la criatura asoma hacia la luz. La madre ayuda con sufrido entusiasmo, con toda su voluntad, hasta que emerge el cuerpecito brillante, húmedo aún y con varias trazas de sangre. Lo recibe el médico, con una mano coge los pies y lo suspende en el aire. Una palmada en la planta de los pies y un vigoroso llanto anuncia su respiración y vida autónoma. Es una niña fuerte, pese haberse gestado en medio de la pobreza y las necesidades. A propósito del nacimiento que acaba de asistir, el médico no puede evitar que vuelvan a su mente las palabras de José Carlos Mariátegui acerca de que la revolución es la gestación dolorosa, el parto sangriento del presente. La madre, adolorida aún, y feliz a la vez, toma con sumo cuidado a su bebe, besa su delicado rostro y la sostiene en su regazo. La satisfacción se traduce en franca sonrisa, pese a conocer las nuevas obligaciones que tienen por delante.

Ya se había puesto claro el día cuando los guerrilleros se agruparon en el patio, a excepción de los que controlaban las entradas y salidas de la casa-hacienda y los que vigilaban los caminos de acceso. El terrateniente, el capataz y los lacayos habían sido reducidos en el corredor de la primera planta, vigilados por tres combatientes. El médico auscultó a los heridos y de inmediato suturó la cabeza de dos prisioneros. Entre tanto, otros guerrilleros izaron en el torreón de la capilla una bandera roja con la hoz y el martillo, que comenzó a flamear impetuosa, mientras otros escribieron en la pared de la capilla las consignas ¡Viva la lucha armada! ¡Gobierno de obreros y campesinos! ¡Abajo el nuevo gobierno reaccionario!¹

Conforme a lo establecido en el plan, el mando militar había dispuesto prender una fogata frente al portón principal de la casa-hacienda, de manera que produjera abundante humo. Con esta

señal se avisaba a los combatientes que se encontraban en la zona alta de Ayzarca que la primera parte de la acción había resultado

¹ Se refiere al gobierno de Fernando Belaúnde Terry (1980-1985).

exitosa. Recibido el mensaje, los tres combatientes se apresuraron a concentrar a los campesinos de los pueblos vecinos para que bajen hacia la hacienda tomada con el fin de cumplir con la invasión.

Luego de coordinar con el mando político, el mando militar dispuso convocar al patio a todos los campesinos, para realizar la asamblea popular. Los guerrilleros se desplegaron raudos como atarraya en busca de peces. Los pobladores se juntaban como afluentes de un río hacia el centro del patio y sostenían animada conversación con algunos guerrilleros. Compañeros, por qué el Belaúnde dice que ustedes son terroristas, preguntaba un campesino joven enfundado en un vistoso poncho. Para confundir al campesinado, compañero, para qué más va a ser, para que nuestra gente nos tenga miedo y no apoye la lucha armada, Ha de ser eso, compañero, porque a varios hemos oído que ustedes saben matar a cualquier gente, pero mentira vemos que es, pura mentira, Sí, hermanos, terció otro campesino cuarentón, hasta hemos oído que ustedes matan nomás a los viejitos y a los niños se los llevan para que anden con ustedes, y al saber de eso varios hemos tenido recelo, como será diciendo, tal vez es cierto, tal vez es mentira, pero ahora que estamos juntos, gente como nosotros nomás son ustedes, sin diferencia mayor, Eso mismo iba a decir, intervino un campesino que había llegado el día anterior a la hacienda a comprar aguardiente, los que tienen miedo de ustedes son los hacendados más bien, continuó, El Parodi mismo, dueño de Ayrabamba, estaba temblando cuando escuchó que venían compañeros a

su hacienda, añadió otro, Sagrado se cree amparado por su hermano diputado y su compadre el Belaúnde. Después del rumor que siguió a las últimas palabras, intervino un campesino de voz gruesa, el Belaúnde dice que los compañeros son extranjeros, foráneos de otro país, pero viendo en presente, más que todo son paisanos nomás, con su sombrero y sus ojotas, hasta sus talones cuarteados como de nosotros es, Además usan sombreros y cargan en manta sus cositas, aseveró otra mujer, Además, quechua nomás hablan, igualito que la gente común, acotó una anciana de raídas polleras, invitando un puñado de maíz tostado al más joven de los combatientes.

Cuando se habían reunido alrededor de cien campesinos, el mando militar anuncia el inicio de la asamblea popular. Jóvenes, adultos, ancianos y niños de a pie y en la espalda de sus madres forman un semicírculo. El mando político toma la palabra, Compañeros, ya muchos engaños hemos sufrido de los ricos. Muchos gobiernos han pasado pero nuestra pobreza es lo único que ha aumentado. Algunos campesinos asienten con leves movimientos de cabeza, otros murmuran frases cortas de aprobación, También han habido muchos gobiernos militares y nuestra situación nada de mejorar. El gobierno de Velasco Alvarado y Morales Bermúdez dijo que repartiría la tierra al campesino, pero lo único que ha hecho es cambiar de nombre a las grandes haciendas, ahora dicen que se llaman CAPs y SAIS², y ahí han concentrado más todavía la tierra, en manos del Estado de los ricos. De nuestra parte, los campesinos siempre hemos luchado por la tierra, pero no hemos podido conseguirla hasta ahora, porque los ricos siempre nos mandan sus fuerzas armadas y policiales y nos quitan a la fuerza. Ahora, de nuevo nos estamos levantando, pero esta vez con las armas en la mano, dirigidos por el Partido Comunista, para conquistar el poder para los pobres, como nunca antes hemos visto. Y así ha surgido lo nuevo. Lo nuevo es la lucha armada, compañeras y compañeros, las acciones armadas, los pelotones que combaten en el campo y los destacamentos que combaten en las ciudades. Lo nuevo surge pequeño, como plantita de maíz, y se

desarrolla en buena tierra hasta convertirse en planta grande con hartas mazorcas. Así, hemos empezado a destruir el viejo Estado que tanto nos explota y oprime a los pobres, compañeras y compañeros, y empezaremos a construir sobre sus escombros un nuevo Estado en manos de las mayorías y para satisfacer sus necesidades. Los campesinos escuchan en atento silencio, algunos empinándose para oír mejor. Cada palabra cae en sus almas como

² Se trata de las Cooperativas Agrarias de Producción y las Sociedades Agrícolas de Interés Social.

gotas de lluvia en tierra reseca, refrescándola, vivificándola. Penetra como arado en tierra suave, y cae como semilla en campo fértil. La tierra es para los campesinos que trabajan y viven de la siembra, continúa el mando político, tenemos que conseguir y defender con las armas y con las enseñanzas del Partido. No permitamos que unos cuantos gamonales nos sigan chupando la sangre como los murciélagos. Tenemos que remover bien la tierra, quitar las piedras y arrancar la mala hierba para hacer una nueva siembra para que cosechen los pobres.

Compañeras y compañeros, toda la tierra de esta hacienda pasa a manos de ustedes, sus legítimos dueños. Vamos a organizarnos y vamos a defenderla con las armas, porque los guardianes del Estado y de los gamonales van a venir, van a querer quitarnos de nuevo, advierte el mando remarcando sus palabras. El hombre que les ha hecho sufrir ya está preso, continúa, y un rumor se extiende entre los campesinos; los rostros empiezan a esbozar disimulados gestos de alegría mientras que los del terrateniente, del capataz y de algunos lacayos se sumen en la incertidumbre. Ahora tenemos que denunciar las maldades del gamonal, pide el mando político, que cada uno hable lo que ha sufrido y lo que ha llorado. El silencio se apodera de la masa humana. Los rostros parecen impenetrables. Un rumor empieza a gestarse hasta que por fin se oye a un campesino de cabellos canos, Compañero,

dice, tal vez sería bueno que traigan al hacendado para decirle algunas palabras en su car a... Tráiganlo, compañero, agrega otro, Sí, es mejor que los traigan, para decirle en su cara nuestro sentimiento. El mando militar ordena que cumplan el pedido. Sólo tres campesinos se apartan del grupo compacto, e, indiferentes a los acontecimientos, observan distraídos los cerros de la otra margen del río y el vuelo bullanguero de una bandada de jilgueros.

El terrateniente aparece apesadumbrado y tiene la mirada fija en el suelo, como si el mundo ya no le interesara. Su rostro se ve tan pálido que pocos lo reconocen. El mando militar reitera que los campesinos efectúen su expresión de agravios. Tras un breve silencio las miradas se concentran en un anciano de rostro flácido y arrugado que levanta una mano, sosteniendo su sombrero con la otra. Compañeros, dice, luego que el mando le da la palabra, toda la vida he sufrido sirviendo al patrón, ni domingos he conocido descanso. En comida, sopa de cebado nomás he comido, una vez al día; así he vivido. Algunos asienten con pausados movimientos de cabeza; otros, cabizbajos, con la expresión adusta; otros se rebullen sentados en el suelo como si algo les incomodara; y se ve también a quienes tienen la mirada perdida en el vacío. Una anciana de cabellos desgreñados interroga, Dios mío, acaso no somos tus criaturas, que te hemos hecho para sufrir tanto. Un campesino de arrugas prematuras toma la palabra, Compañeros, dice, extendiendo los brazos, desde ese cerro con eucaliptos viene la tierra de hacienda, hasta la lomada con barbechos llega; pero antes, cuando yo era chico todavía, poquito nomás era, todo nos ha quitado de la comunidad, nada nos ha dejado, ni pastos para criar nuestras ovejitas, Cierto es, complementa una campesina, hacendado manda robar con capataz y ayudantes todo nuestros animalitos, se los llevan, comiendo pasto de hacienda o haciendo daño a sus sementeras, así diciendo, Más que ratero es, ladrón hacendado, más que abigeo; con autoridades se defiende y a policías manda. A nadie había para quejarse, Ahora podemos contar a los compañeros, exclama un joven campesino. Una mujer de polleras descoloridas quiere hablar, pero las palabras se le atragan-

tan. Inesperadamente coge una piedra y la estrella al pie del terrateniente. La masa de gente se estremece; varios quieren hacer lo mismo, pero el mando los calma. El terrateniente siente un vacío en el estómago; una descarga eléctrica recorre todo su cuerpo, empapándolo de sudor frío. Gruesas gotas escapan por su frente marchita: siente que su cuerpo se torna pesado, sus piernas tiemblan y el temor de no poder mantenerse en pie se apodera de él. Es como si el cerro se le viniera encima y la tierra se abriera debajo de sus pies. Estos indios van a matarme, matarme, se repite como si su cerebro se hubiera convertido en una máquina generadora de ecos.

Las denuncias fluyen cada vez con mayor soltura, como si se hubiera roto un dique de indignación largamente macerada. Este hombre, dios santo, cuánto nos ha hecho sufrir, ya no sé desde cuándo, hasta creo que antes de venir a este mundo ya nos hacía sufrir, porque su padre era igualito, malo, sin piedad. Yo digo que si nuestro sufrimiento pudiéramos juntar, varios cerros altos formaríamos; sí juntáramos nuestras lágrimas, varios ríos de sal correrían cuesta abajo. Varias veces hemos dicho, si este hombre será persona o qué demonio es, tal vez es el diablo, tal vez, porque tiene su ambición como enfermedad, para él quiere todo, nada para la gente. Para él quiere la tierra, las chacras, los animales, los cerros, el agua y los ríos también, no importa que la gente se muera, a él no le importa. Para hacer sufrir, no existe para él ni día ni noche, igualito es, no tiene descanso... Ahorita como está no es su persona, interviene otra mujer, ahorita se ve como perro garroteado, hasta su cara parece de galgo, pero antes no, antes siempre ha sido fiero, abusivo con todos, con hombres y mujeres, con viejos y criaturas, más que todo con mujeres, a ver que la gente diga si mi palabra es mentira... La mujer trastabilla de ira impotente... A ver si es mentira que este hombre me ha abusado cuando yo era muchacha, cuando ya me iba a casar, y toda mi vida quedó en desgracia nomás, hasta ahora, y nadie me ha dicho una palabra siquiera de consuelo... La mujer irrumpe en intensos sollozos, incapaz de continuar. Algunas mujeres la toman de los

brazos y la retiran, consolándola. Como viento que irrumpe de súbito, un campesino de cara cenicienta ha empezado a denunciar. No sólo con mujeres, señala iracundo al hacendado, con cualquier comunero igual abuso ha cometido ese hombre, no sé qué corazón de espinas le habrá puesto dios en su corazón, y tan harta venganza, venganza de muerte, no miento para nada, aquí la gente sabe, esa vez como hace veinte años ya, cuando entramos a esta misma hacienda, para que nos regrese nuestra tierra, pero no pudimos porque ese hombre nos venció con sus guardias, con su capataz y su gente, y después, por venganza, uno a uno ha matado a los principales que nos habían hecho respetar, a tres hombres han mandado matar, en las quebradas, en los ríos y en la misma plaza del pueblo también, y así a cuántos nos ha matado, por eso sus manos bien manchadas con sangre las tiene... Un rumor recorre la asamblea de extremo a extremo. La gente comienza hablar sin concierto. Llega un momento en que la asamblea se torna en desorden de voces, reclamos, maldiciones e imprecaciones. El mando político llama al orden, pero su voz se pierde en la multitud, grita varias veces para imponer la calma. Interviene el mando militar y pregunta, cuál es la sanción que merece este miserable, Dolor se paga con dolor, sangre se paga con sangre, responde un campesino, Ese hombre que muera hoy mismo, sentencia una campesina, la muerte nomás merece, secunda otra, Por dios, insiste otra voz, muerte, Muerte al hacendado por todo lo que nos ha hecho. La sentencia es un río tormentoso y justiciero que arroja al hacendado, que comienza a temblar sin control. Muerte al terrateniente, Muerte al gamonal, También al capataz, Que mueran los dos. El rostro del terrateniente se cubre con una palidez de cadáver. No sabe qué decir. Le ruedan algunas lágrimas por las mejillas flácidas. Se ha convertido en un guiñapo, no puede evitar sentirse insignificante, por debajo de la muchedumbre. Un frío inexorable se apodera de él. El sol le fustiga con sus rayos, aunque el hombre ya es ajeno a todo.

La suerte del hacendado estaba echada, y la del capataz junto a él. La decisión había sido tomada y no había apelación posible. El

mando militar dispone que cuatro guerrilleros ejecuten la sentencia. Éstos ordenan caminar al terrateniente y al capataz. No le maten a mi hija, por favor, es lo único que atina a decir inseguro el hacendado, antes de ponerse en marcha. Tu hija no ha sido juzgada, responde el mando político, a ella nada le pasará. El terrateniente y el capataz son conducidos en dirección a la capilla por cuatro guerrilleros. Transcurren dilatados segundos en los que la masa humana espera inquieta, intercambia rumores, gestos de asentimiento, hasta que retumban dos disparos. Los sonidos caen como bálsamo tibio sobre las heridas centenarias de los campesinos, quienes sienten un alivio desconocido, una especie de aligeramiento de la carga que venían soportando por toda la vida.

El río Pampas zigzaguea al fondo de la quebrada que forman las cadenas montañosas de Ayacucho y Apurímac. Parece discorrir apacible, más aún frente a la casa-hacienda de Ayzarca, lugar donde se ensancha hasta un centenar de metros. Sólo el marrón terroso de sus aguas y la espuma blanquecina permiten precisar la fuerza con que arrastra el lodo y las piedras.

Las aguas de ríos como el Pampas surgen en las punas, desde el deshielo de los nevados de la cordillera, a sus aguas iniciales se suman las de las lluvias, las que previamente ascienden como nubes desde la costa. En sus inicios estos ríos siempre son pequeños y modestos, como todo lo que nace en la vida. Sus aguas, sometidas a las leyes de la naturaleza, tienen un sentido: siempre descienden y desembocan en el mar. Al descender se unen con las aguas de otros arroyuelos para formar riachuelos. Y prosigue el aporte de las lluvias. Los riachuelos aúnan sus aguas hasta formar ríos. Y la suma de estos forman otros más caudalosos que se deslizan por cauces sinuosos, con la fuerza y la energía capaces de transformar la naturaleza a su paso.

El valle del Pampas, y sobre todo las laderas que bajan hacia el río, muestran en diciembre abundantes tunales, cabuyas azules y las otras, cuyas fibras se utilizan para hacer sogas, algunas con magueyes, así como una variedad de arbustos espinosos cercados por retamas y huarangos, y gigantes cactus de múltiples brazos que parecen retar al cielo. En las parcelas del valle predominan el maíz y la caña de azúcar; los extensos terrenos del terrateniente se encuentran próximos a las huertas de la hacienda; en estas, como en los cercos de las chacras, predominan los árboles de chirimoya, pacay, naranja y los de palta.

Luego de la asamblea popular, el sol había cobrado altura y en la casa-hacienda el movimiento era inusitado aunque ordenado. Algunos combatientes vigilaban sus entradas y salidas; otros; junto con un grupo de campesinas, sancochaban papas y hervían leche en grandes peroles para el desayuno; conversaban familiarmente con los campesinos; limpiaban las armas entre risas contagiantes, revisaban con minuciosidad sus petardos, no fuera a ser que el fósforo se hubiera zafado o se hubiera mojado. El mando militar inspeccionaba las granadas caseras. Más allá, en el huerto, algunos guerrilleros recogían naranjas y caña de azúcar de las chacras, para combatir entre todos los presentes. El ambiente renacía animado, algo nuevo y alegre se reflejaba en los rostros y en el ánimo. A las diez de la mañana llamaron a desayunar por grupos, previendo que ninguna tarea militar quedará descuidada.

Los mandos miraban con frecuencia el camino que bajaba de Vilcashuamán, Cómo les irá a los compañeros que debían bajar con los campesinos, preguntó el mando político, el éxito de la invasión y el remate de la acción depende mucho de que vengan las masas, Cierto, intervino el otro, es vital para la defensa de las tierras invadidas. Los minutos transcurrían y el día avanzaba inexorable. Era poco más de las once de la mañana, y nadie aparecía por el camino, ambos mandos comentaban la incursión que se hiciera en Ayrabamba. No hay nada sólido cuando las masas marchan, había dicho la camarada dirigente, cuando hablan todo

se estremece, el viejo orden tiembla, las altas cumbres se agachan, porque las masas hacen y lo pueden todo. Había dirigido su mirada de un extremo a otro, abarcando al centenar y medio de presentes en la asamblea popular. Ante nuestras manos armadas comienzan a retroceder las sombras, compañeros, había dicho en su discurso, los muros de explotación y opresión empiezan a ser resquebrajados; con nuestros puños abrimos la aurora. Las cosechas de la casa-hacienda se distribuirán entre los que la han regado con su sudor y sangre. También repártanse las mercaderías de la tienda. Para esto hay que conformar el Comité de Reparto; nombren como comisionados a tres campesinos de su confianza para que distribuyan la cosecha.

Así se había concretado el comité de reparto, como germen del nuevo Poder, el mismo que había distribuido los bienes del terrateniente. El mando político recordaba que los campesinos que habían llevado las cosechas en acémilas, en la espalda, como mejor podían, junto con algunas herramientas de labranza y zapatillas, en medio de la algarabía general... Compañero, compañero, dijo el mando militar cortando abruptamente los recuerdos del otro mando, mire el camino que viene de Vilcashuamán. Sus miradas convergieron en la vía indicada.

Era casi mediodía cuando aparecieron por el camino varios puntos multicolores, Serán las masas que vienen para la invasión, se preguntaban unos y otros, Sí, deben de ser, respondían algunos, sonrientes. Compañeros, esos de color verde oscuro que vienen atrás parecen policías, dijo de repente un campesino, Sí, miren, sus armas han brillado clarito, precisó otro. La aguda vista de los campesinos confirmó la presencia de guardias civiles. Hay que actuar de inmediato, vamos a emboscarlos, apremió el mando político, No hay tiempo que perder, vamos a emboscarlos, intervino el otro mando. El primero asintió mientras se preguntaba, Qué les habrá ocurrido a los compañeros que debían concentrar a las masas para la invasión. Ya habrá tiempo para averiguar, ahora

debemos preocuparnos de la emboscada. Los mandos se encaminaron en dirección al grueso de sus fuerzas.

El mando político sabía que en el Partido ya se había tratado algo sobre la emboscada como una de las formas básicas de combate guerrillero. Su ejecución era parte de lo nuevo y una incógnita por el momento. Ahora tenían la oportunidad para aprender su manejo.

Los combatientes se congregaron alrededor de los mandos. Compañeros, vamos a emboscar a los policías que vienen, anunció el mando militar, Yo voy, Yo también, Yo también, repitieron varios, casi todos. No podemos ir todos, volvió a intervenir el mando militar, dividiremos las fuerzas. Y seleccionó a ocho de ellos y luego indicó al joven costeño, Usted se encarga de este contingente y entre todos garantizan el control de la hacienda, los demás vamos a emboscar a esos guardias. Y comenzaron a subir por la trocha.

Mientras ascienden, los mandos observan con atención los alrededores del camino. Hasta que en una curva, el mando militar ordena detenerse y de inmediato distribuye al contingente por la ladera superior de la vía. Los guerrilleros se parapetan tras arbustos, rocas, tunales y cabuyas. Desde el lugar se divisa con ventaja unos cincuenta metros de camino, hasta que se pierde en otro recodo.

Por breves instantes los apostados observan a los policías que avanzan tras un grupo de gente. Momento después pueden ya distinguir los rostros, Ahí está el gobernador, y a su costado, con saco marrón, viene el alcalde de Vilcashuamán, También viene el juez, El primer guardia es el sargento del puesto de Vilcashuamán, Sí, y los otros son los guardias. Dentro de la treintena que desciende se distinguen cinco policías armados de metralletas.

Cuando ya están cerca a los guerrilleros, el mando político ordena abrir fuego. Pero hay indecisión al ver a los policías mezclados con los civiles. El combatiente de la carabina recién confiscada pone en la línea de mira a un policía, demora varios segundos, conteniendo la respiración y dispara. Yerra. Igualmente el de la escopeta. Simultáneamente, un guerrillero arroja un petardo que explota por debajo del camino. Las autoridades y lacayos se protegen desconcertados junto con los policías que maquinalmente sueltan sonoras ráfagas. El olor a pólvora quemada inunda el aire. La carabina dispara de nuevo. Los policías responden con ráfagas cortas, mientras las autoridades y los lacayos buscan refugio. Un joven campesino demora en prender la granada casera, hasta que finalmente la avienta; a los segundos un fuerte estruendo remece el cerro. Nuevos disparos de policías, en diferentes direcciones, pero ninguno da en el blanco. La superioridad de fuego enemigo y el dominio de la zona alta de la ladera presionan a los guerrilleros. El mando militar ordena retirada escalonada, por grupos. Los guerrilleros empiezan a retroceder. Prosigue la presión del enemigo y se acelera el repliegue, lo que es aprovechado por los policías para arremeter con ráfagas, generando la retirada precipitada de los guerrilleros. Quedan rezagados el obrero metalúrgico y el joven campesino de facciones angulosas, por tratar de prender sus granadas y cubrir la retirada; violentamente son rodeados por el tropel de autoridades y lacayos, quienes los reducen a golpes. Entre tanto, el grueso de combatientes prosigue la retirada. Por ahora la emboscada quedó en simple atención nomás, concluye el mando político, para después habrá sacar lección.

En la casa-hacienda habían escuchado las explosiones y el intercambio de disparos e imaginados los hechos. Sin embargo, prevaleció la serenidad y cada uno esperó en su puesto el desenlace del enfrentamiento. Los minutos transcurrían lentamente. Un combatiente hizo su aparición por el camino, seguido de otros, entre ellos el mando militar, quien urgió a la concentración del contingente, en el patio de la casa-hacienda. Después de verificar

la cantidad de combatientes, ordenó decidido la retirada, Vamos a cruzar el río por el vado, traigan sogas para ayudarnos. El mando político no había regresado, tampoco el herido en el pecho, y además de unos cinco combatientes. Había preocupación por la suerte del mando político, pero el tiempo apremiaba. En ese momento nada se podía hacer. Ninguno más llegó y se inició la retirada. Un campesino grueso tomó la punta de una soga e ingresó al río, seguido por una hilera de hombres unidos por la cuerda. Avanzaban con lentitud, arrastrando con cuidado los pies, para no resbalar con las piedras irregulares del fondo. A medida que avanzaban, el agua dejaba al aire sólo una porción cada vez menor de sus cuerpos. A la mitad del río sólo quedaban visibles sus cabezas.

Ya habían cruzado todos cuando los policías llegaron a la ribera y comenzaron a disparar. Los guerrilleros se parapetaron tras algunas rocas grandes de la playa y la carabina respondió para cubrir la retirada. Los policías retrocedieron y buscaron protección detrás de las rocas. Los combatientes dejaron la playa y se internaron en la maraña de arbustos, cabuyas y tunales. Rápidamente ganaron altura hasta un promontorio desde donde era posible divisar la casa-hacienda. Mientras tanto, los guardias se replegaron a ésta. El mando dispuso la vigilancia; el resto tomó asiento o se echó a descansar. Nadie sabía qué había sucedido con el mando político. Nadie se había percatado de que fuera capturado. Tal vez a causa de su pierna herida se rezagó, dijo para sí el mando militar, habrá que averiguar a la brevedad, pero ahora lo más urgente es resolver la falta de un mando político. Con ese propósito se reunió con tres militantes, con quienes designaron al nuevo mando. Reunieron los escasos alimentos, los cuales alcanzaron sólo a un puñado de cancha para cada uno. Hay que sacar lección para lo sucesivo, concluyó el nuevo mando político, mas es de mucha mayor importancia comprender la razón por la que no concretamos la invasión. En qué fallamos, se interrogó, evidentemente la subestimación al enemigo es un problema del que debemos extraer profunda lección.

El trajín del día, más el sol que quemaba con fuerza inusitada causaron una sed creciente. Aun guerrillero se le encargó buscar agua por los alrededores, pero volvió con más sed que con la que había partido. Entonces, un campesino aseguró que para la sed era bueno el jugo de cactus tierno; que había que pelear la cáscara y masticar la pulpa para extraerle el líquido. Procedieron a aplicar la sugerencia y la necesidad quedó satisfecha.

Luego de un breve descanso realizaron una reunión. La acción guerrillera que hemos realizado, compañeros, es un éxito del Partido y la revolución, dijo el mando político, lo nuevo se desarrolla en medio de dificultades, y siguiendo el luminoso ejemplo de la acción de Ayrabamba marchamos hacia la guerra de guerrillas, cumpliendo con la necesidad de remover el campo con acciones principalmente guerrilleras. El Partido realizará oportunamente el balance de la acción, sacando las lecciones positivas y negativas, porque las hay, pero es bueno que tengamos en cuenta estas apreciaciones iniciales. Hemos golpeado contundentemente a la semi-feudalidad en esta zona; ahora, con mayor razón, los terratenientes y sus defensores no podrán ya dormir tranquilos. La semilla comienza a germinar y otro mundo se abre para alegría de las masas. Una nueva aurora se impondrá necesariamente. Intervinieron los combatientes y el mando político percibió que el ánimo era de optimismo palpable, pase a la evidente preocupación por desconocer el paradero del anterior mando político. El mando notaba que los combatientes comprendían la trascendencia de lo nuevo que había brotado, pese a sus pequeños y modestos inicios, y se afincaban en la convicción de que avanzaban por el camino correcto, por el camino que les abría el fusil. El compromiso de persistir en la brega era recurrente en cada uno de ellos, que manifestaban estar dispuestos a entregar hasta la vida para conquistar el Poder para el pueblo y construir un mundo nuevo.

Esperaron que se ocultara el sol y avanzaron río arriba, protegiéndose con la vegetación de la quebrada, aunque sin perder de vista el movimiento en la casa-hacienda. Llegaron al vado más

próximo y cruzaron sin inconvenientes. Cuando empezó a oscurecer, y aparecieron la luna y unas pocas estrellas, iniciaron el ascenso formando una columna que serpenteaba conforme a los caprichos del camino. La energía renovada por los hechos del día mantenía en los hombres la disposición de remontar cualquier cumbre. La jornada había sido intensa, desbordante en emociones, sentimientos y vivaz actividad de la razón. Se sentían realizadores de lo nuevo, y ellos mismos parte de lo nuevo. Conscientes de que vivían momentos de aprendizaje y forja, como el niño que aprende a caminar, dando sus primeros pasos en medio de tropezones, de caídas y chichones. Ya llegarían tiempos en que caminaría con seguridad y hasta correría haciendo piruetas, lo cual no sería posible sin los torpes pasitos iniciales. Había, pues, razones más que suficientes que explicaban el ímpetu y la resolución de los guerrilleros.

Prosiguieron por la cuesta alumbrados por la luna que brillaba aún y acompañados por el leve rumor del viento que arrastraba pequeñas nubosidades en las alturas. Bordeando la medianoche llagaron a la casa de un campesino conocido. Los pliegues y gestos de su rostro denotaban una mezcla de alegría e inquietud. Respondió animoso a las preguntas e informó que cuando empezaban a oscurecer había llegado un lugareño con la noticia de lo sucedido en Ayzarca. Las autoridades y hacendados estaban asustados y preocupados; hablaban de ir a Cangallo y Huamanga a pedir refuerzos policiales. Los guerrilleros descansaban mientras los mandos proseguían informándose. El anfitrión sí había escuchado de los tres combatientes, dos mujeres y un varón, encargados de convocar a los campesinos para la invasión. Cuando cumplían su tarea habían aparecido los policías de Vilcashuamán, junto con las autoridades, los principales y los mandones del distrito, quienes les habían cercado y cortado la salida. Una de las combatientes había intentado persuadir a los campesinos, confrontando sus intereses con los de los terratenientes y los policías, pero los guardias civiles habían disparado y conseguido dispersar a los campesinos, lo que aprovecharon para capturar a los guerri-

llos. Estos habían opuesto tenaz resistencia, eran sólo tres contra tantos y habían sido duramente golpeados y llevados al calabozo. Fue luego de esto que las autoridades y policías bajaron a la hacienda. Cómo se enteraron tan pronto, preguntaron los mandos. El sobrino del gamonal había escapado de la casa-hacienda y en su huida había visto desde la distancia que los combatientes reunían a los campesinos del caserío próximo al distrito.

Después de tres horas de descanso y de servirse la papa sancochada que les ofreció el campesino, los guerrilleros reanudaron marcha. Asomaba el alba y chispeaba la lluvia cuando llegaron al punto donde debían dispararse, para volver a sus respectivos pueblos en el caso de los campesinos milicianos y a su ámbito de trabajo revolucionario en el caso de los guerrilleros, incluido los campesinos incorporados, quienes se dedicaban las veinticuatro horas del día a la guerra revolucionaria, constituyendo el pelotón estable y principal. El joven ciudadano comparaba algo de lo que había aprendido en los libros con los hechos; quedó satisfecho al comprobar cómo se habían concentrado las fuerzas para golpear la hacienda y cómo ahora se dispersaban para seguir organizando a las masas pobres del campo.

Después de separarse en cuatro grupos, cada uno tomó diferentes direcciones.

Un grupo de tres, entre los que se encontraba el joven costeño, regresó a la zona de Vischongo. Avanzaron durante el día, como cualesquiera caminantes, pero evitando pasar por los poblados; uno se adelantaba y con los dos que le seguían daban siempre la impresión de no viajar juntos. La marcha se realizó sin contratiempos. Antes que terminara la tarde llegaron a la casa de un campesino, quien inesperadamente los apresuró a ingresar a su choza.

Inmediatamente después que cerraron la puerta, se presentaron el primer mando político, rengueando, y el guerrillero herido en el pecho. Sellaron el encuentro con efusivos y prolongados abrazos y risas estruendosas. Hemos estado preocupados, qué pasó con ustedes, preguntaron los recién llegados, Nos rezagamos en la retirada, y como vimos que el enemigo nos podía alcanzar, nos escondimos debajo del camino, entre cabuyas y grandes rocas, Sí, compañero, por un momento sentimos cerquita el tropel de policías y mandamases, agregó el otro, Una vez que se alejaron tomamos altura y llegamos hasta aquí sin mayores inconvenientes. Conversaron hasta agotar los mínimos detalles de la acción armada, así como realizaron una somera evaluación de los hechos.

Lo claro y concreto, compañeros, es que el golpe a la hacienda ha sido exitosa, dijo el mando político herido, toda la zona hemos remecido con esta acción. Ahora los campesinos van a pelear con más coraje y con más decisión. Vamos por buen ritmo, compañeros, porque esta acción sigue el camino iniciado por la acción guerrillera de Ayrabamba que ha dirigido nuestra camarada Norrah, que ya está grabada en la historia de nuestro pueblo como un hito grande del Plan ILA-80, que abrió el camino de cercar las ciudades desde el campo. La mención de la alta dirigente del Partido y la más fiel seguidora del jefe, trajo a la memoria de los guerrilleros su imagen muy querida y respetada. Como nos ha ordenado el Partido, estamos remeciendo el campo con acciones principalmente guerrilleras y marchamos decididos hacia la guerra de guerrillas, prosiguió el mando. Lo nuevo siempre empieza pequeño, compañeros, simple y en medio de dificultades, pero se desarrollará con la justa y correcta dirección del Partido y su jefatura. Precisamente por eso debemos ver las limitaciones y problemas que hemos tenidos, como el no haber conformado el Comité de Reparto, como en Ayrabamba; así como la obligación de conocer mejor al enemigo, porque si le subestimamos, facilitamos que nos golpee y ponemos en riesgo el cabal cumplimiento de las tareas, como nos sucedió con la invasión que no realizamos, sentenció con tono de reproche. Tenemos aún problemas importantes

por resolver, compañeros, insistió, como el conocimiento y manejo de las emboscadas y de las invasiones; pero el Partido y nuestra jefatura los van a resolver a partir de la práctica, ya que de la práctica se saca la ley. Los combatientes escuchaban en silencio, serios y reflexivos, y en sus mentes afluían diversos pensamientos. Representamos lo nuevo y el futuro, compañeros, prosiguió el mando político, por tanto vamos a desarrollarnos, más aún si tenemos la poderosa luz del Partido y los firmes brazos de nuestro jefe, quien nos conduce hacia la conquista del Poder para alcanzar la emancipación real y definitiva de nuestro pueblo.

Aún a oscuras, el dueño de la casa informó que había llagado la noticia de que un grupo de guerrilleros había incursionado en la Cooperativa de Chincheros, por Cayara, el mismo día que en Ayzarca, y había repartido el abundante maíz que tenían almacenado. Entonces, los bloqueos de carreteras y el corte de la línea del telégrafo, tenían que ver con esas tareas que han sido las principales, meditó para sí el joven ciudadano. La alegría era manifiesta. El campesino prendió su radio y de inmediato se escuchó la inconfundible voz de Juan Ramírez Lazo, en Radio Victoria, que daba cuenta de la incursión y el aniquilamiento realizados en Ayzarca, y de los numerosos perros negros colgados en diversos puntos de Lima, con carteles en letras negras que decían Teng Siao-ping, hijo de perra, en alusión a quien había asaltado el Poder en China tras la muerte del Presidente Mao Tse-tung. Motivo de renovada alegría que alimentó sus espíritus y la resolución de seguir adelante por el luminoso camino iniciado en Chuschi y Ayrabamba.

Amanecía cuando salieron de la casa. El cielo despejado presagiaba una mañana soleada. Reiniciaron la marcha.

Mayo 1990.

Las últimas líneas de este relato me han conmovido muchísimo, dejando un sinfín de imágenes revoloteando en mi mente. Ha pasado más de una hora desde que empecé a leer, sin embargo, me han parecido sólo minutos.

El martes 6 de mayo fui a trabajar como de costumbre. Pero varias cuadras antes del penal un cordón de miembros del Ejército impedía el paso de los vehículos. Tuve que apearme. A medida que me acercaba fui enterándome de que el penal “Miguel Castro Castro” estaba tomado, “los terroristas se resisten a que sus mujeres sean trasladadas a otro penal”, fue lo primero que escuché a los militares. Después me enteraría que las fuerzas armadas y policiales habían atacado el pabellón 1A de mujeres, y al parecer los varones habían ido en su ayuda y al final, no sabían cómo, hombres y mujeres resistían en el pabellón 4B.

A mi memoria vuelvan atropelladamente las imágenes vistas el 6, 7, 8, y 9 de mayo desde las afueras del penal, así como las imágenes transmitidas por la televisión. Bombardeos a los techos desde helicópteros. Fogonazos seguidos de explosiones y de densas humaredas grises, oscuras. Tronar de ametralladoras que vomitan fuego, infatigables. Disparos de fusiles y granadas seguidas de explosiones y polvareda o columnas de humo. Toma el techo por los militares. Lo perforan para disparar hacia el interior. Los uniformados cubren como hormigas los cerros que rodean parte del penal. A varias cuadras de “Castro Castro”, el aire cargado de pólvora y gas lacrimógeno arranca lágrimas incluso a quienes pasan en micros. Las madres y familiares de los prisioneros permanecen en grupos por los alrededores, durante las cuatro días, incluso el quinto, soportando no sólo el frío de la noche sino también el trato hostil y amenazante de militares y policías. Proclaman “No al genocidio de los prisioneros de guerra”. Exigen el respeto de la vida de sus familiares, asimismo el ingreso de una comisión de familiares, abogados, Cruz Roja Internacional y la prensa. A muy pocos se les escapan lágrimas al escuchar el bombardeo y los disparos que no conocen fatiga. Los que lloran son

los niños. Los de la Cruz Roja Internacional piden ingresar al penal, pero las fuerzas del Estado no les permiten. Igualmente a los de la comisión de Derechos Humanos de la Organización de Estados Americanos, quienes por coincidencia se encontraban en Lima.

Pese a la gran cantidad de tropas y armas, sólo al finalizar el día sábado 9, entre las cinco seis de la tarde, cesan los disparos. Han requerido cuatro días para tomar el control del penal. Y, según comentarios, porque los prisioneros decidieron salir. Y en un acto alevoso que subleva mi conciencia, los primeros que salieron fueron ametrallados por francotiradores. Dicen que todos ellos cantaban cogidos de los brazos. Al parecer se trata de los dirigentes de los prisioneros. Y de entre los que salieron posteriormente, seleccionaron a varios de ellos en base a una lista y los mataron sin más trámite. ¿Será parte del genocidio del que hablan sus familiares?

Hoy, lunes 11 de mayo de 1992, por la mañana, nos enviaron al pabellón 1A y 4B. Es así que ingreso al 4B. La escena dantesca que forman los cadáveres tendidos en el piso golpea mi cerebro como un mazazo, hasta aturdirme. Surge la duda de si se trata de un mal sueño o de algo real. Los ojos se me nublan por las lágrimas que pugnan por desbordarse. La voz hostil de un militar rompe mi ensimismamiento. Reconozco a algunos de los muchachos que atendí en el tóxico hace sólo una semana. ¿Por qué tanta saña contra ellos? Creo que es pena lo que siento por esos jóvenes de trato amable y respetuoso.

Con ese estado de ánimo subí a los pisos del pabellón, en compañía de dos colegas enfermeras. Recorrimos el segundo piso sorteando escombros, ropa y libros quemados, colchones de espuma achicharrados, un mango de guitarra con las cuerdas retorcidas, manchas de sangre coagulada en el piso y en las paredes. Llamó mi atención la gran cantidad de ropa ensangrentada amontonada y hecha jirones, junto con zapatos y zapatillas también

ensangrentados y excesivamente trajinados. Llegamos al tercer piso y decidí ir hasta la celda del fondo. Ninguno de mis colegas quiso acompañarme porque, dijeron, el pasadizo se encontraba cubierto de escombros que dificultaban el paso. Mientras que a mí, precisamente lo que observaba me hizo pensar que podía haber algún cadáver cubierto con los escombros de la devastación inmisericorde. Cuando llegué al fondo y no encontré a nadie, me detuve a observar la celda: predominaban restos de libros y cuadernos quemados, junto con estantes de madera totalmente calcinados (¿sería la biblioteca?), la gran mayoría de libros completamente deshechos, mezclados con trozos de concreto y ropa quemada. Y entre todos estos objetos, un televisor destrozado. En el piso, grandes acumulaciones de ceniza hecha amasijo y amplias manchas de sangre coagulada. Las ventanas tenían las rejas retorcidas y ennegrecidas por el hollín, igual que las paredes anteriores, que además mostraban manchas de sangre como si hubiese sido salpicada en todas direcciones. La celda tenía buena iluminación debido a un gran boquete irregular. Lo que tenía ante mis ojos era sólo una muestra de cómo las fuerzas armadas y policiales habían asolado el pabellón, desde tierra y aire, durante cuatro largos días que nunca podré olvidar. En medio de semejante cuadro me llamó la atención un cuaderno al que el fuego casi no había dañado. Y lo que más atrajo mi atención fue la inscripción que llegaba en la pasta y que leí con nitidez el acercarme: RELATOS Y TESTIMONIOS DE LA GUERRA POPULAR. Un leve hormigueo recorrió mi cuerpo; intuí que se trataba de un material valioso. Me dije: Ahora, ¿qué hago con este cuaderno? ¿Lo dejo aquí simplemente? No estaría bien. ¿Y si lo guardo? Tal vez... Pero puede ser riesgoso... Sí, lo puedo guardar temporalmente. ¿Y después? ¿A quién le entrego?... Una explosión interrumpe ahora mis recuerdos... ¡Otra más!... Al instante informan en la radio: Coches bomba en el Cuartel Barbones y en la Comandancia de la Policía de Asalto...

Maquinalmente guardé el cuaderno en la base del maletín que tenía en la mano y lo cubrí con los apósitos de gasa y medicinas

que llevaba. Me reuní con mis colegas que ya habían regresado del cuarto piso, y bajamos al primero para intervenir en la penosa tarea de ayudar el levantamiento de cadáveres que realizaban los militares. Los internos hasta se habían tomado el tiempo de enterrar, en la llamada “tierra de nadie”, a algunos de sus muertos. Cuando los exhumaron, ya olían mal; debieron ser, con seguridad, los abatidos el primer día.

Llegué exhausta y conmocionada a mi casa. Pero la lectura del primer relato ha espantado el cansancio y despejado mi mente. Y en ella se configuran ahora dos planos que se superponen. Me pregunto, ¿cuántos de aquellos que habían caminado en la abrupta geografía de la sierra han muerto en estos cuatro días? Me consta que hay ayacuchanos entre los muertos. El pesar ocasionado por la muerte de tantos jóvenes llenos de vitalidad se amalgama con los sentimientos que he conocido en estos últimos días, aunque me siento incapaz aún de definirlos con exactitud, y también con la emoción de conocer algo que es desconocido por el común de la gente. Ahora estoy segura de que fue un acierto salvar este hallazgo valioso, y lo mejor será entregarlo a sus legítimos propietarios, para que hagan con él lo que crean conveniente...

Nuevamente escucho explosiones seguidas de intensa balacera... ¿Acaso será cierto que los subversivos realmente pueden tomar el poder?

Canto Grande, mayo 2005